


Beatriz M. Rodríguez¹
[†] Doctora en Psicología Clínica. Directora de Carrera - Psicología (UdeMM)

Pretérito indefinido, futuro imperfecto, presente continuo¹

Acerca del tiempo y la temporalidad

Síntesis

El presente ensayo indaga acerca de la noción de temporalidad y el modo en que la misma es construida por la psiquis. Involucra en ello el concepto de "normalidad humana" en tanto capacidad de vivenciarse a sí mismo dentro de una narrativa histórica, al tiempo que propone la articulación entre finitud y continuidad.

Explora también las diferencias entre las conceptualizaciones de la física (que alude al tiempo cósmico, en calidad de formulación matemática) y el tiempo vivencial (o tiempo psíquico). Introduce una viñeta que da cuenta del modo en que la racionalidad

científica es atravesada por la subjetividad (toda vez que los científicos "crean" en buena medida el objeto al que se proponen explorar).

Interroga acerca de la reversibilidad, la historicidad y la circularidad; formulando, por último, nuevos paradigmas en la construcción del tiempo y la realidad.

Palabras clave: Tiempo – Física – Psicología – Narrativa histórica.

Abstract

The present essay inquires about the notion of temporality and the way it is constructed by the psyche. It involves the concept of "human normalcy" as the capacity of experiencing oneself inside a historical narrative; and therefore proposes the articulation between finiteness and continuity.

It explores, as well, the differences between the conceptualization of Physics (that alludes to the cosmic time, as a mathematical formulation) and the experiential time (or psychic time). It introduces a vignette that

realizes the way in which scientific rationality is crossed by subjectivity (whenever the scientists "create", largely, the object they propose to explore).

It questions reversibility, historicity and circularity; formulating, at last, new models in the construction of time and reality.

Key words: Time – Physics – Psychology – Historical narrative.

Nota preliminar

De la raza de los Titanes, Crono es el más joven de los hijos de Urano² y Gea³. Pertenece a la primera generación divina; aquella que precedió a Zeus y los Olímpicos.

Urano, que los odiaba, los arrojaba a las profundidades del Tártaro no bien nacidos. Indignada, su mujer planeó la venganza que Crono se ofreció a realizar. Así, una noche mientras Urano

¹ La versión original del presente ensayo fue presentada en noviembre de 1999, en el marco de las Terceras Jornadas Anuales Continuas del Instituto Psicosomático de Buenos Aires: *El malestar en la Cultura en el Fin del Milenio; Distintas Modalidades del Enfermar*, formando parte del Panel "Tiempo, Cultura y Subjetividad". Más tarde, en junio de 2000, integró las ponencias de las Terceras Jornadas de Psicoimmunología, de la Universidad Argentina John F. Kennedy: *Salud, Enfoque Holístico y Multidisciplinario*.

² El cielo.

³ La tierra.

se acoplaba a su madre, lo castró cercenándole los testículos con una enorme hoz.

Urano huyó entonces, en tanto que Crono, después de casarse con su hermana Rea, ocupó el lugar de su padre en el cielo gobernando la Elida, no sin antes apresurarse a arrojar nuevamente al Tártaro a sus hermanos los Cíclopes –a quienes había liberado a ruegos de su madre– y a los Hecatonquiros⁴.

Crono tuvo con Rea varios hijos, pero como Urano y Gea –depositarios de la sabiduría y del conocimiento del porvenir– le habían anunciado que uno de ellos habría de destronarlo, los iba devorando a medida que nacían. De este modo engendró y devoró sucesivamente a Hesita, Deméter, Hera, Plutón y Poseidón.

Furiosa al verse así privada de sus hijos, Rea –que llevaba a Zeus en su seno– huyó a Creta, donde dio a luz en secreto. Más tarde, envolviendo una gran piedra en pañales, la entregó a Crono, quien se la tragó sin sospechar el engaño.

Zeus, que creció lejos de su padre, cuando se hizo hombre volvió para vengarse: hizo absorber a Crono una droga que lo forzó a vomitar –vivos– a todos sus hermanos, quienes –por él acaudillados– declararon la guerra a Crono, al que Zeus destronó y envió al Tártaro.

Resulta obvio que sembrar-devorar-cosechar, es una de las claves de esta historia; aunque no la única.

Introducción

Mientras ordenaba mis reflexiones en torno a la construcción de la noción

de temporalidad encontré, con el sugestivo nombre: *El fin de los tiempos*, una entrevista a Oliver Sacks⁵, quien interrogado acerca de qué es un hombre normal, respondió: “neurologicamente, un hombre normal es aquel que tiene un pasado y lo recuerda; tiene un presente (en el momento en que habla es capaz de decir su nombre, su dirección, su profesión) y tiene un porvenir, pues sabe que va a morir...”.

Por cierto, esta puede parecer una simplificación extrema, pero resulta un modo bastante efectivo de definir la normalidad humana. La cual comprenderá así (entre otros aspectos) la capacidad de vivenciarse a sí mismo dentro de una narrativa histórica. Se trata entonces de un hombre que puede contar su historia: sabe de dónde viene; puede dar cuenta de su presente (lo que en cierto modo involucra su identidad); y construye proyectos para el porvenir que espera realizar antes de su muerte, hecho que implica necesariamente la conciencia de su finitud.

Precisamente, la palabra “mortal” era el vocablo con que en la antigüedad helénica se designaba a los hombres; por oposición a aquella que aludía a los dioses, que eran inmortales. Pero ¿cómo se accede a esta noción de fin inexorable?

Propongo que hagamos un ejercicio lúdico: imaginemos por un instante que somos inmortales. Supongamos que a nuestras vidas se agregan los años indefinidamente; que acompañamos a nuestros hijos en su crecimiento, que vemos nacer a nuestros nietos y a los nietos de sus nietos. Suponga-

mos que pasan las décadas y los siglos; pero no nosotros.

La imaginación abarca con dificultad periodos que exceden las cinco generaciones, por lo tanto este pensamiento resultará sin duda inquietante. Si nuestras vidas fueran eternas, nada nos impediría realizarlo *todo*, ya que bastaría tan solo con darnos el tiempo suficiente para esto; pero evidentemente, también por ello, en una vida sin límite carecería de significado hacer cosa alguna.

Así la muerte, al limitarnos, nos obliga a elegir entre innumerables posibles opciones el modo de *gastar* el tiempo de vida de que disponemos. Al hacerlo conferimos un sentido particular y único a nuestra existencia. Lo que hace valiosa la vida es, ciertamente, su transitoriedad. No obstante, dado que los seres humanos no poseemos representación inconsciente de la propia muerte, y la cultura occidental carece del espacio psicológico que nos permita conceptualizarla; y teniendo en cuenta, por otra parte, que la experiencia nos demuestra que: *mortales son los demás*; estamos dispuestos a aceptar como natural toda muerte, con excepción –por cierto– de la propia.

Mas el inconsciente no es sólo ignorante de la muerte, sino también del tiempo y la contradicción. Extrañamente como corolario de tales *limitaciones* surge la omnipotencia, atributo mismo del deseo inconsciente. La inmortalidad no deja de ser un sueño, una fantasía desplazada en el afán de perpetuación a través de la descendencia; sueño cuya legitimidad, por cierto, no es cuestionable.

Ahora bien, si la noción de temporalidad es el pre-requisito de la normalidad, resulta pertinente entonces considerar: ¿cómo adquiere el hombre semejante representación? ¿cómo logra alcanzar esa conciencia que le

⁵ Oliver Wolf Sacks, nacido en Londres en 1933, es un neurólogo que siguiendo la tradición propia del siglo XIX ha escrito –en un estilo informal– numerosos libros a partir de las historias clínicas de sus pacientes.

⁴ Gigantes de cien manos.

permitir
puente

Tiempo

La repr
tempor
siva, au
psíquic
ya en lo
es decir
necesid
dilación
faccione
Afirmat
el objeto
objeto s
vamente
pacio vi
los ritm
(ritmos
apreciad
gicos), a
cisitudes
ese prim
gratificac
un remar
ca preob
de accede
del estad
lo siempr
De hecho
estructura
El animis
reconoce
real y lo p
gico será
esta relaci
tos intern
posible de
comporta
En la vida
del crecim
la salida de
fianza. Un
se prometa
siguiente, p

permite experimentarse como un puente entre el pasado y el futuro?

Tiempo y temporalidad

La representación mental del suceder temporal es una adquisición progresiva, aunque temprana del desarrollo psíquico que, como es sabido, se apoya en los ciclos biológicos naturales; es decir, tanto en la saciedad de las necesidades corporales, como en la dilación o frustración de estas satisfacciones.

Afirmaba Freud que “en el odio nace el objeto”, y podemos agregar: en el objeto se inscribe el tiempo. Efectivamente, el tiempo acompaña el espacio vital evolutivo, y se recorta en los ritmos del sueño y la lactancia (ritmos que desde fuera podrían ser apreciados como puramente fisiológicos), así como en las complejas vicisitudes de presencia-ausencia de ese primer objeto imprescindible. La gratificación alucinatoria constituye un remanente de la actividad psíquica preobjetual, el intento del infante de acceder nuevamente a la infinitud del estado fusional; al no-tiempo de lo siempre presente.

De hecho, el inconsciente presenta la estructura de una mitología privada. El animismo del proceso primario no reconoce diferencia alguna entre lo real y lo probable. El pensamiento mágico será la persistencia ulterior de esta relación primitiva con los objetos internos, y representa una huida posible de todo lo que la historicidad comporta de nuevo e irreversible.

En la vida del infante las vicisitudes del crecimiento habrán de conformar la salida de lo especular y la posibilidad de espera, postergación y confianza. Un niño a quien, por ejemplo, se promete una golosina para el día siguiente, podrá preguntar pocos mi-

nutos más tarde: ¿ya es mañana? En un adecuado proceso madurativo, la temporalidad: pasado, presente y futuro, adquiere sentido, en la misma medida en que la adquieren la elaboración de las frustraciones y el duelo por lo que se ha perdido. Precisamente la aceptación del fluir irreversible del tiempo conduce a un inestimable logro: el sentimiento de integración y continuidad. Tal vez a los adultos les resulta difícil apreciar la complejidad de este proceso, porque fue resuelto de un modo inadvertido a una edad muy temprana.

Finalmente el niño entra al tiempo cronológico con la aceptación de la doble prohibición edípica. No sin razón, el enigma planteado a Edipo por la Esfinge⁶ alude al hombre, pero engarzado al tiempo.

En suma, la conciencia de *temporalidad* resulta de un montaje progresivo en el que se hallan presentes las nociones de antes y después, construido por la proyección de las experiencias del sujeto sobre las cosas; así como la posibilidad y, aún más, la certidumbre del fin. Historizar es estructurar las vivencias y acontecimientos de un modo significativo.

Resulta evidente ahora que se trata de una construcción subjetiva, emparentada con la noción de *tiempo*, pero no idéntica a ésta.

José Hernández hará decir al gaucho Fierro: “El tiempo sólo es tardanza de lo que está por venir”. Ernesto Sábato afirmará que “El dolor rompe el tiempo” (razonamiento que po-

⁶ “¿Cuál es el ser que anda ora con dos, ora con tres, ora con cuatro patas y que, contrariamente a la ley general, es más débil cuantas más patas tiene?” (...) La respuesta al acertijo es: “El hombre” —porque camina cuando niño en cuatro patas, luego con las dos piernas y, finalmente, se apoya en un bastón—.

dríamos invertir considerando —freudianamente⁷— que el tiempo disuelve el dolor).

Las horas de la infancia transcurren con lentitud y el futuro se percibe como un espacio infinito. “¿Cuándo llega Navidad?” “¿Cuánto falta para mi cumpleaños?” Con los años la vivencia del paso del tiempo se acelera de manera que en el mismo lapso parecen ocurrir cada vez menos cosas.

El tiempo no es más que una compleja construcción mental absolutamente abstracta, cuya única “concretud” reside en que estamos acostumbrados a medirlo. Pero existe de hecho una diferencia entre el tiempo vivencial, o tiempo psíquico, la temporalidad en la cual inevitablemente el sujeto está inmerso y el tiempo cósmico en su formulación matemática. El primero es subjetivo y se va modificando a lo largo de la vida; el segundo tal como fuera más recientemente definido por la física, es empero un constructo cultural y por ende filosófico, y se va modificando a través de la historia.

En efecto, la física contemporánea ha tenido un notable impacto filosófico, y la pregunta por el origen del tiempo hoy resulta paradójica para la mentalidad occidental. Asumimos con total naturalidad el vínculo entre las nociones de tiempo y espacio, y si bien existe consenso en relación a la expansión del universo a partir de un estado de densidad infinita al que se ha denominado singularidad del *Big Bang*; las opiniones científicas parecen estar divididas al especular acerca de su destino. En un modelo posible el universo se estará expandiendo eternamente; en el segundo sólo lo hará hasta un punto máximo para luego

⁷ Freud, S. (1917) *Duelo y melancolía*.

volver a contraerse, hasta colapsar sobre sí mismo (en un *Big Crunch*), lo que implica un posible fin del tiempo. Así, la conjetura acerca de la ocurrencia de acontecimientos anteriores a dicho “*Big Bang*” es puramente metafísica; ya que de hecho carece de racionalidad científica preguntar qué había “antes” del instante cero: absolutamente nada, ni siquiera un “antes”, pues el Tiempo todavía no existía.

Una viñeta

Como no olvido que mi disciplina es la Psicología, haré un breve paréntesis para introducir si no un caso clínico, al menos una modesta hipótesis. Hace ya más de cuatro décadas que los médicos dieron a Stephen Hawking un pronóstico de vida de apenas dos años. Es posible que este suceso explique de alguna manera el interés que luego despertara en él la problemática del tiempo y su irreversibilidad y el desarrollo de sus insólitas ideas en relación a ésta. Una de ellas, la denominada: “suma sobre historias”, es el supuesto de que no existe una única historia del universo, sino más bien una colección de todas las historias posibles e igualmente reales, “sea lo que fuere lo que ello signifique”; la otra –necesaria para dar sentido matemático a la primera– es la del *tiempo imaginario*.

Hawking nació en Oxford en 1942. Sus amigos lo recuerdan como un niño torpe e inseguro (si bien su torpeza no se relacionaba con la enfermedad ulterior) y hasta un poco desaliñado, aunque ciertamente ingenioso. Toda su familia era de algún modo excéntrica. Su padre, que era especialista en enfermedades tropicales, se veía por esto con frecuencia forzado a viajar fuera del Reino Unido. Con él mantuvo Stephen intensas

discusiones acerca de su formación universitaria, pues mientras él deseaba estudiar física y matemática, el padre prefería que siguiera sus pasos en medicina.

En Oxford Hawking no se destacó por sus calificaciones, sino por la agudeza de su pensamiento; de todos modos optó por continuar sus estudios en Cambridge, donde al finalizar su primer año, aunque aún no lo había comentado con nadie, ya experimentaba síntomas de la enfermedad; pero durante el Año Nuevo de 1963 éstos se hicieron tan evidentes que se vio obligado a efectuar una consulta médica. El diagnóstico era incontestable: Esclerosis Lateral Amiotrófica, también conocida como enfermedad de las neuronas motoras, que afecta las zonas del sistema nervioso vinculadas precisamente a estas funciones, ocasionando el deterioro progresivo de las células, la parálisis por atrofia muscular, y eventualmente la muerte por asfixia o neumonía. La enfermedad no compromete al cerebro, de modo que ni el pensamiento ni la memoria experimentan cambios perceptibles, pero si bien los síntomas no son dolorosos suelen ser acompañados por una depresión severa.

El conocimiento de su enfermedad produjo en Stephen una profunda crisis personal. “Antes de que me dieran el diagnóstico –dijo– la vida me aburría. Nada merecía la pena. Pero poco después de salir del hospital soñé que iban a ejecutarme. Repentinamente comprendí que podría hacer muchas cosas que valían la pena si era indultado”. Ese mismo año conoció a quien luego sería su esposa, en 1967 nació su primer hijo y en 1979 pudo estampar su firma por última vez. Hoy apenas puede mover la punta de dos de los dedos de su mano derecha, con los que pulsa el botón que opera

un sintetizador de voz, conectado a un programa de ordenador que le permite seleccionar las palabras que se visualizan en el monitor y armar sus frases. Un par de ayudantes y su enfermera, que le acompaña permanentemente, se encargan de limpiar la baba de su boca y triturar la comida para que pueda digerirla... Hawking se consideró siempre un hombre afortunado al haber elegido la física teórica, pues como dice: “todo está en la mente”, de todos modos puede que resulte paradójico que alguien tan interesado en develar los secretos del universo, apenas haya mostrado curiosidad por mirar a través de un telescopio.

No sé qué dio origen a su enfermedad; pero sí puedo sospechar que en la misma hallara una fuente para su original pensamiento, en tanto la orientación de ninguna investigación puede desarrollarse divorciada de las necesidades psicológicas de quien la organiza, y todo científico crea en buena medida al objeto que se propone explorar.

Hawking, al igual que Einstein, no se destacaba en matemáticas y las ecuaciones no han sido su fuerte, por lo que buscó la colaboración de Penrose y luego de Raymond Laflamme para corroborar sus cálculos. “Creía que el universo tenía que volver a un estado de calma y orden cuando empezara a contraerse –afirmó–. Así, durante la contracción la gente viviría sus vidas al revés. Morirían antes de nacer y se volverían paulatinamente más jóvenes a medida que el universo se empequeñecía. Finalmente retornarían al útero y desaparecerían”.

No es necesario ser psicoanalista para entrever aquí cómo la subjetividad atraviesa la racionalidad científica. El psicoanálisis ofrece un significado que no excluye otros, ya que siempre hay múltiples posibles interpretaciones

para la conducta humana; pero resulta obvio que la pesadilla personal de Hawking deviene en motivación de su búsqueda intelectual: la pregunta es subjetiva; la ciencia es sólo el modo escogido para alcanzar una respuesta posible.

“Si se puede viajar por medio de los agujeros negros –sostiene Hawking–, no parece que haya nada que impida a uno volver al punto de partida antes de haberse ido. Se podría enseguida hacer algo así como matar a la propia madre, lo que le impediría a uno, en primer lugar, emprender el viaje. ...”

“Sin embargo –continúa–, afortunadamente para nuestras madres, parece que este tipo de viajes no es posible, o por lo menos no lo es de acuerdo a nuestro conocimiento actual... Si el viaje al pasado realmente fuera posible –agrega–, una oleada de turistas del futuro invadiría nuestro tiempo”. Finalmente los cálculos de Laflamme probaron a Stephen que estaba equivocado: “El tiempo no cambiará de dirección cuando el universo empiece a contraerse. La gente envejecerá como siempre –advirtió–, por lo tanto no merece la pena esperar a que el universo vuelva a comprimirse para poder recobrar la juventud”.

Pero terminó proponiendo una dimensión imaginaria del tiempo a partir de la cual es posible pensar en un universo basado en la ausencia de límites: “Quizá el tiempo imaginario –dirá entonces– sea el auténtico tiempo real y lo que llamamos tiempo real sea sólo un producto de nuestra imaginación. Quizá ese tiempo real sea sólo un concepto que hemos inventado para ayudarnos a describir el universo tal como pensamos que es”. En semejante universo ni el espacio ni el tiempo tienen principio o final, no pudiendo ser ni creado ni destruido, aún así la polarización del tiempo aumenta con la complejidad,

la irreversibilidad temporal es directamente proporcional a la entropía.

Tiempo, devenir histórico y subjetividad

Convengamos que en última instancia la irreversibilidad está íntimamente ligada a la coherencia del proceso secundario de pensamiento. Pero el inconsciente está regido por la intemporalidad, opuesta al tiempo físico flechado en el mismo sentido que la flecha entrópica.

Las fantasías de los pacientes que dan cuenta de una concepción reversible del tiempo son innumerables: el retorno al pasado; que un suceso nunca haya ocurrido... Ilusiones y anhelos sustentados en una dimensión temporal que sólo puede darse en el sistema cerrado del proceso primario, que conllevan el riesgo de un tránsito de lo complejo a lo unívoco; pero que defienden al sujeto de una concepción fatalista del destino donde ya todo está escrito.

La etimología del vocablo “tiempo” reconoce dos orígenes: *cronos* (del griego: orden, sucesión) y *tempus* (del latín: época, coyuntura, circunstancia, momento, instante... división de la duración. El primero aparece relacionado con los ciclos de la naturaleza (las estaciones) o con los quehaceres correspondientes (la siembra y las cosechas).

Desde un principio los grupos humanos se vieron llevados a seguir la marcha del tiempo: adaptarse a las formas de un cambio periódico del medio.

Precisamente las culturas ágrafas ordenaron en secuencias los eventos que reflejaban el mundo natural, permitiendo a las sociedades estar preparadas para sucesos futuros predecibles. La transmisión oral de estos ciclos adoptó formas épicas, confor-

mando un tiempo circular, mágico, de lo eternamente recuperable. Todas las civilizaciones a que llamamos primitivas, confeccionaron calendarios cuya función primordial era la de proporcionar un modelo simbólico del cosmos. Se trataba en última instancia de relojes biológicos; que empero no medían el tiempo.

La aparición de la escritura significó no sólo el fin de la circularidad, la distinción entre el pasado y el futuro y el comienzo de la linealidad histórica; sino sustancialmente la transformación de todo conocimiento previo, en mito o fábula lo que en última instancia llegó a significar: mentira. El saber de las sociedades ágrafas lentamente fue olvidado hasta disolverse en las arenas del tiempo. El triunfo de la escritura fue además el modo en que las culturas hegemónicas dejaron su impronta y construyeron “la verdad”.

En el Occidente cristiano las sociedades agrícolas marcaron el tiempo según correspondiera a la oración. El calendario cósmico fue sucedido por el campanario.

La concepción medieval del espacio era cualitativa, diferenciada. El universo tenía un centro absoluto, un arriba y un abajo.

El nuevo espacio renacentista, en cambio, ya no será cualitativo, sino ilimitado e idéntico en todas sus dimensiones: un espacio abstracto, pero representable por medio de la técnica... Un espacio anterior e independiente de los objetos que después se situarán en él.

Alrededor de 1345 la división actual en minutos y segundos se volvió corriente. Este marco abstracto del tiempo dividido se convirtió en punto de referencia para el pensamiento y la acción. Los hombres del siglo XIV quisieron medir el tiempo en términos mecánicos porque ya habían

comenzado a plasmar una visión mecanicista del universo.

Pero la representación moderna del mundo no puede pensarse sin considerar el cambio en el orden social debido al intercambio mercantil y el desarrollo de las matemáticas prácticas, que invadió por completo el imaginario social de las relaciones cuantitativas: el nacimiento de la modernidad tampoco es ajeno a la construcción de los instrumentos de medida ni al establecimiento de patrones.

El reloj es el punto de inflexión entre la sociedad agrícola y la sociedad mercantil; la cultura de subsistencia y la cultura de producción; el hombre “tradicional” y el hombre “moderno”...

Pues, de hecho, los hombres de Occidente experimentaron entre los siglos XV y XVII profundas transformaciones en sus valores, en sus modos de representación, sus sistemas vinculares y estilos cognitivos, en sus perspectivas teóricas y estéticas. Estos cambios estuvieron indisolublemente ligados a profundas modificaciones en las instituciones religiosas, profesionales, legales, políticas y sociales que condujeron a un nuevo orden social: la modernidad.

Cuando Newton concibe “*el tiempo absoluto, verdadero y matemático, que fluye por su propia naturaleza, de forma uniforme, sin verse afectado por nada externo*” (1687), lo piensa claramente independiente de todo suceso en el mundo y, por lo tanto, incognoscible desde la perspectiva científica. Tanto el tiempo como el espacio absolutos pertenecen –para él– al reino de Dios.

Nuestra idea del tiempo es una invención de la modernidad. Nace en el seno de la ciencia clásica y se inserta en la cultura occidental desde el siglo XVII hasta la actualidad. El tiempo newtoniano expresa racionalidad científica y la cultura de la modernidad.

En tal sentido, la modernidad y la revolución industrial transformaron la noción del tiempo en algo objetivo, medible, y con ello modificaron las formas de conocer, de dar sentido, de percibir y organizar la vida cotidiana.

A partir de este período nada quedó libre del calendario o del reloj. Pero el proceso de reglamentación del trabajo (o de hipercontrol del tiempo) no proviene sólo de la estructura productiva. Se da de manera paralela a la prédica de los moralistas que tanto iba contra las costumbres, las fiestas y los deportes populares, como contra todo uso del tiempo que no tuviera utilidad. El desprecio del ocio se convirtió para los predicadores protestantes en uno de los más “horribles pecados”. La burguesía fue la primera en advertir que “el tiempo es oro”; pero también es salvación. *Nec-otium* generó: negocio.

En otras palabras, el puritanismo, en su asociación con el capitalismo industrial, fue el agente que convirtió a los hombres a la nueva valoración del tiempo. La puntualidad devino así tanto una necesidad como una virtud y, por fin, una obsesión, poniendo la sociedad al servicio de la máquina, cuando –supuestamente– la máquina debería haber liberado al hombre de la servidumbre⁸.

Finalmente, para que la ilusión de “objetividad” pudiera producirse y sostenerse durante varios siglos, fue necesario suponer la existencia de una referencia absoluta, una variable independiente: el tiempo. También era preciso concebir un ámbito neutro donde las cosas sucedieran: el espacio.

Ahora bien, una de las revoluciones tecnológicas más dramática del último siglo, es la operada en el área de las comunicaciones; la misma implica la instantaneidad potencial. El espacio y el tiempo no constituyen ya barreras en la transmisión de información; la aparición de la multimedia es un salto cualitativo portentoso para la humanidad, comparable a la aparición de la escritura; aun así, mientras los libros fueron durante siglos un privilegio de pocos, los medios masivos de comunicación se plantean precisamente como opción universal.

Pero los medios masivos de comunicación proponen además nuevos paradigmas en la construcción del tiempo y la realidad. Efectivamente, “con la pérdida del sentido narrativo tradicional, el nexo temporal que organizaba la realidad se diluyó”. Todo acontece simultáneamente. La transmisión en directo es un fenómeno cuántico. Estructuras en red, complejizadas, coinciden en el presente generando la ilusión de poner a nuestra disposición una especie de memoria **total** de la humanidad. Ilusión de totalidad que ya fuera encarnada en la literatura por la borgeana figura de “Funes el Memorioso”.

Aunque por cierto, si nos hallamos ante un problema en los umbrales del siglo XXI, éste no es otro que la pérdida de la memoria histórica en los laberintos de la autopista informática. Precisamente la *red* tiene por función el filtrar la realidad y borrar prolijamente (para siempre) todo aquello que queda afuera de ella.

La telerealidad, ficción por excelencia, aparece como más real que lo real de modo que finalmente, lo que no haya pasado por la multimedia no habrá existido. Si lo que llamamos realidad es un proceso cultural que consiste en investir de sentido aquello que nos rodea, la memoria social,

Curiosa paradoja a la que nos ha arrojado la modernidad.

8 Curiosa paradoja a la que nos ha arrojado la modernidad.

por paradójico que parezca, sólo guardará recuerdo de la cultura dominante (de hecho ya Fukuyama se atrevió a postular el fin de la historia, con todas las contradicciones que ello implica).

Soy conciente de que el estudio de la temporalidad pertenece a contextos disciplinarios muy diversos, de modo que en cierta medida puede parecer que estoy forzando el discurso, pero deseo llamar la atención acerca de las nuevas e insospechadas formas de concebir lo temporal abiertas en la modernidad tardía (o postmodernidad), que plantean sugestivos interrogantes al psicoanálisis.

En primer lugar, si nuestro mundo se desplaza sensiblemente de lo verbal a lo visual, en lo que se ha dado en llamar "Cultura de la imagen", ¿hasta qué punto ello no incidirá en una pérdida gradual del espesor del preconciente? No me extenderé sobre esta cuestión porque creo que distintas teorías acerca del enfermar a fin del milenio ya lo han hecho, particularmente en alusión a la psicósomática. Pero quiero a esta altura tomarme una pequeña licencia con el tiempo, el de los verbos. Pues ¿qué son los verbos, sino un modo minucioso de abarcar las formas posibles de relación, que mantenemos con el tiempo? El presente trabajo tiene un título extraño, porque incluye una forma gramatical que no existe en nuestro idioma: **el presente continuo**. Decía algunos párrafos atrás que la multimedia es un modo a través del cual se imponen los modelos de la cultura dominante. Asistimos al fin de ciertos tiempos gramaticales. Ya me he referido al olvido del pasado y de la historia; y ¿Qué ha sido, por ejemplo, del futuro perfecto? El futuro, en que se proyec-

tan las consecuencias posibles de los actos, es apenas una hipótesis incierta. El futuro no existe cuando la única evidencia inmediata es la del presente. Todo ocurre ahora, en este mismo instante y el presente es lo único que cuenta. La instantaneidad ha reemplazado a la cronología. La historia se hace a la velocidad de la luz y, en una condensación extraordinaria, hemos pasado de un tiempo extenso a un tiempo intenso.

Un ejemplo cotidiano, y tal vez por ello inadvertido, de la aceleración en que vivimos es la convergencia a cero entre los tiempos de producción y de consumo: ya nada es "para siempre" los objetos (y hasta los vínculos) son efímeros, caducos, descartables, han perdido densidad y no tienen duración, en un mundo que se nos aparece como una representación multimediática permanente.

Este tiempo fragmentado y discontinuo y esta aceleración vertiginosa se hallan absolutamente fuera de la escala perceptiva humana: se trata de un tiempo cuya unidad de medida es el nanosegundo: una mil millonésima de segundo... que de algún modo pauta novedosas formas de relación con los objetos. Un objeto fugaz, sin duración, más que una cosa es un servicio... Los nuevos objetos interactivos (cajeros automáticos, contestadores telefónicos, fotocopiadoras) son entes híbridos a mitad de camino entre el mundo material y el universo inmaterial del intercambio comunicacional.

El tiempo es una abstracción a la cual llegamos a través de los cambios de las cosas; pero cuando tantos cambios ocurren de modo simultáneo, producen el efecto subjetivo de una detención, un tiempo absoluto o puntual.

En este punto podemos plantear un nuevo interrogante: Si la noción de un tiempo circular estructurado en el mito del eterno retorno, tiene su expresión psicológica en el pensamiento mágico; y la linealidad histórica en la lógica formal del proceso secundario, ¿De qué modo se manifiesta en el aparato psíquico esta nueva modalidad temporal a que podemos llamar *tiempo puntual* porque no se despliega ni transcurre; este instante de infinita densidad donde **todo** acontece, y que sugiere que el tiempo se ha detenido?

En sus *Nuevas refutaciones del tiempo*, Borges dirá que nuestro destino no es espantoso por irreal, sino por inexorable.

Bibliografía

- BORGES, Jorge Luis, *Siete noches*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1980.
- BORGES, Jorge Luis, "Funes el memorioso" en: *Ficciones*, Emecé, Buenos Aires, 1969.
- CASTORIADIS, Cornelius, *El avance de la insignificancia*, EUDEBA, Buenos Aires, 1997.
- GOLFRYD, Oski, *Stephen Hawking y su historia del tiempo. El personaje, su teoría y su crítica*, Globus, Madrid, 1993.
- GRIMAL, Pierre, *Diccionario de mitología griega y romana*, Paidós, Buenos Aires, 1993.
- RODRÍGUEZ, Beatriz M., "El tiempo circular en las psicosis", en: *Revista Actualidad Psicológica* Año XV - N° 162, Buenos Aires, Enero de 1990.